

XIX

Neoutof se repuso muy pronto del accidente que habia inquietado á su familia; al cabo de algunos dias, hasta pudo salir en carruaje descubierto, lo que no habia hecho desde hacia mucho; la partida para Tsarskoe-Selo, fué suspendida hasta los últimos dias del mes de Mayo.

Ulrico venia casi todos los dias á hacer una visita de un cuarto de hora á Cleopatra. Con frecuencia la hallaba en compañía de

algun importuno; se sentaba entonces y guardaba un imperturbable silencio.

A causa de su adolescencia solitaria, casi no gustaba de hablar, por lo que le habian llamado algunas malas lenguas "el mudo de la Escandinavia."

No se alteraba por eso, sabiendo que el silencio es oro, y que es digna de lástima una persona que tiene que agotarse durante horas enteras para hablar sin decir nada. Cuando el intruso era machacon, Ulrico se levantaba al cabo de un cuarto de hora, término que se habia jurado no traspasar, é inclinándose gravemente ante la condesa, besaba la mano que le ofrecia ostensiblemente. Todo esto era perfectamente correcto, conforme de todo punto con las costumbres y nadie tenia nada que decir.

Cuando se hallaban solos, era otra cosa; él se sentaba bastante lejos de ella para que nadie que llegara pudiera sospechar nada; luego tomaba la mano de Cleopatra y la guardaba entre las suyas.

Ella trataba de hablar, de conservar, por amor propio á lo ménos, las apariencias de una conversacion; trabajo inútil, sentia una torpeza deliciosa caer sobre ella, é incapaz

de pronunciar una sílaba, sufría el magnetismo de la querida persona.

Un ruido en la pieza inmediata, un grito en la calle, á veces la caída de una hoja en una jardinera los hacía temblar, los arrancaba de su sueño; ella retiraba la mano y recobraba el habla.

Era para reñirle tiernamente, para aconsejarle que tuviera paciencia, para suplicarle que supiera aguardar. El la escuchaba con los ojos fijos en ella, sin interrumpirla, y cuando se detenía con una sonrisa sobre los labios, con un relámpago en los ojos, le decía en voz grave:

—Vivimos en el pecado. ¿No teme usted que la cólera de Dios nos mate?

—¿Qué mal hacemos? balbuceó Cleopatra, tratando de defenderse.

—Somos culpables ante Dios. Quien ha deseado el adulterio lo ha cometido ya en su corazón.

En vano, con su buen sentido práctico de mujer acostumbrada al mundo, trataba de demostrarle la diferencia enorme que separa la intención del hecho, la premeditación de un crimen del crimen mismo, él nada quería comprender. Su educación piadosa, el ri-

gorismo de sus primeros principios, había dejado en su alma huellas imborrables; no se había sentido bastante fuerte para luchar contra su pasión; quería justificarla con un lazo legítimo, á fin de calmar su conciencia.

—Pero, exclamó un día Cleopatra, ¿cree usted que no habríamos cometido un asesinato si Neoutof muriera de pena ó de sorpresa cuando yo pidiera el divorcio?

—No, respondió Alsen. Estaría usted en su derecho recobrando su libertad; él es quien no debe mostrarse egoísta.

—Ulrico, es usted cruel y le tengo miedo.

—La amo, respondió cogiendo las finas muñecas de la jóven entre sus manos heladas.

La jóven no pudo responder ya nada. Era cruel, en efecto, porque era egoísta y egoísta porque estaba enamorado; además, incapaz de creer en la existencia de un sentimiento profundo en un hombre de la edad de Neoutof. Era un salvaje en verdad, uno de esos seres que educados lejos de los demás hombres, tienen necesidad de descubrirlo todo por sí mismos, sin aceptar nada de la enseñanza de otro. Aún no había hecho la experiencia completa del dolor, no creía sino en lo que conocía: la pérdida de una ma-

dre adorada y la imposibilidad de casarse con la mujer que se ama; ahora bien, estas penas las ponía por cima de todas las demás.

Neoutof y su mujer se instalaron en Tsarskoe-Selo. En el segundo año de su matrimonio el general compró en Sofia, anexa á la ciudad imperial, una linda casita con un hermoso jardín lleno de sombra. Era allí donde pasaban ordinariamente el verano, no siendo Neoutof ya jóven para soportar el largo viaje que hubiese necesitado una visita á sus propiedades de Tver.

La instalacion en Sofia no permitia á Ulrico tanta libertad como en San Petersburgo; el jardín, dondó tanto hubiera querido pasearse con Cleopatra, era muy frecuentemente el refugio del general, que pasaba allí las hermosas horas del día, bajo una tienda hecha expresamente para cobijarle. Una feliz casualidad, que no era completamente una casualidad, habia permitido hasta entonces al jóven eludir una presentacion al conde Neoutof, ¿Cleopatra podria en estas nuevas condiciones de existencia, evitar un encuentro que parecia inevitable?

Durante algunos días no pudieron verse. Aisen no se habia atrevido á fijar su estancia

en la misma ciudad; habia alquilado una pequeña habitacion en Pavlevsk, desde donde podia venir todos los días á Ssarskoe-Selo sin llamar mucho la atencion. La adversa suerte quiso que siempre llegasen, fuera el punto que fuera, cinco minutos uno despues de otro. Nerviosos por este contratiempo repetido, se sentian poseidos ambos por una impaciencia casi malsana por verse y hablarse; pensaban uno á otro con ménos ternura que cólera, porque se reprochaban recíprocamente al hacerse sufrir.

Un día de Junio, uno de esos días maravillosos, cuyo único defecto es ser sobrado ardientes, Neoutof, de quien el gran duque habia pedido frecuentes noticias, se decidió á ir al palacio para hacerle una visita. Acompañado de su criado, subió sin muchas dificultades en la pequeña calesa baja que todos conocian en la ciudad y en los alrededores; su mujer le vió partir, le despidió con la mano, y despues, muy de prisa, como con fiebre, se fué al parque. Estaba segura de encontrar á Ulrico aquel día; sentia, sabia que estaba allí y que la esperaba.

Se dirigió hácia el embarcadero, donde una flotilla de barcas de todos los países espera á

los aficionados, desde la piragua de los salvajes de la Orenoca hasta la barca del lago Lemán, con sus dos velas cruzadas, que le dan el aspecto de un pájaro.

Es allí donde generalmente se encuentra la gente, desde donde parten las intrigas y las citas.

Aisen estaba allí, muy visible, como un muchacho embobado; desde hacia ocho días, silencioso y sombrío, pasaba dos ó tres horas mirando partir los paseantes, sin atreverse á hacer nada para disimular su permanencia prolongada en aquel sitio.

Tenia la mirada fina y perspicaz, pues al ver el vestido claro de la jóven, se separó á un lado sin afectación. Ella también le había visto, y se detuvo para hablar algunos instantes con unos y con otros. Después de haber gastado así algunos minutos, que le parecieron siglos, mientras que le palpítaba el corazón, la jóven se alejó en dirección al estanque, lugar desierto, casi abandonado y húmedo; donde nadie se pasea nunca, por miedo á las reumas ó á las fiebres.

Un instante después se juntaron. Fué casi un choque. No podían caer en los brazos, y se miraron hostilmente. ¡Cuánto habían

sufrido durante aquellos interminables días! Ella más que él quizás; pero él no lo creía, y ella no tenía ganas ninguna de decírselo.

—Pues bien, dijo Ulrico, ¿piensa usted que semejante existencia sea soportable?

—No, respondió ella con valor.

—¿Y es usted sola quien nos condena á este suplicio? Sin contar con que pueden sospechar de nosotros cuando menos se piense.

—No será culpa mía, sino suya. No debe usted cometer imprudencias. Una visita en mi casa, de vez en cuando, á la hora de la siesta del general, no tendrá nada de extraordinario para nadie.

—No quiero exponerme á encontrarme con su marido, dijo él lleno de interior rabia contra aquel enemigo inaccesible y vencedor.

—Yo en cambio, estoy muy expuesta á que sospechen de mí por causa suya, y no me quejo, respondió Cleopatra con altivez.

Se midieron con una mirada, y sus orgüellos se encontraron iguales.

—Es forzoso que concluyamos, dijo Ulrico con los dientes apretados; desde mañana pida usted el divorcio á su marido.

Bajo la Cleopatra actual, vencida por el

U. A. N. L.

amor, dormitaba la antigua Cleopatra, la que habia dicho en otro tiempo: "La debilidad agena me sirve; no estoy hecha para amar." La jóven se despertó de pronto y recibió con lástima aquella excitacion.

¿Era posible que recibiera órdenes de un hombre? ¿Un hombre se creia su dueño y pretendia dirigir su vida, imponerle una accion que encontraba odiosa, y además profundamente humillante? Los veinte años de independenciam, que habian hecho de la oscura señorita de honor la condesa de Neoutof, dama de Palacio, sin que hubiese bajado jamás la cabeza bajo otra autoridad que la de la razon, se irguieron para impedir la violacion de sus derechos. Amaba á Ulrico, ciertamente, pero habia hecho mal en permitirle que se creyera su señor....

—No haré lo que me pide, le dijo friamente; es una mala accion.

—Y yo, respondió él con los labios pálidos en el exceso de su orgulloso dolor, no puedo vivir más tiempo con esta conciencia turbada.... Hay que seguirme ó separarnos.

Algo en el fondo del alma de Cleopatra gritó:—¡Seguirle, no importa adónde! Pero

su dignidad ahogó inmediatamente aquel grito de la naturaleza.

—No acepte esas condiciones, dijo ella.

Se miraron de nuevo en actitud amenazante. Despues la cólera de Ulrico cedió de repente.

—¡Querida! dijo ¡adorada! No sabe usted lo que hace. ¡Estoy yo tan cansado de luchar y de sufrir!

—¿Piensa usted que yo no lo estoy? dijo Cleopatra volviendo los ojos.

—Entonces haga lo que le pido.

—Nó.

Marcharon sin rumbo por entre las arboledas húmedas; de pronto, en una de las que bordean el parque, por bajo de ellas, pasó la calesa baja de Neoutof. Cleopatra se sintió mortal al protector de su juventud. En caso necesario, moriria ántes que cometer una infamia.

—Me voy entonces, dijo Alsen en voz quebrantada. Mi sueño se desmorona, mi vida ya no tiene objeto alguno. Usted no me ama.....

Un silencio orgulloso cerró los labios de

Cleopatra. ¿Por qué la comprendía tan mal? Ved lo que sucede cuando se ama á personas que no se conocen. El se permitía juzgarla. ¿Y con qué título? ¿Y con qué derecho le imponía órdenes? ¿Pervertiría su conciencia?

—¡Adios! dijo Ulrico saludándola con un ademán loco.—¡Dios mío! me ha hecho usted bastante desgraciado. Es el castigo de mi culpa.....

—Es el castigo de la mía, pensó Cleopatra.

Ella hubiera querido decirle algo más, cogerle por el brazo; besarle en los labios ó rechazarlo brutalmente; pero no sabía qué hacer de las dos cosas; sus manos buscaban solo el contacto de aquel ser adorado, odiado quizás.

—No sé qué hacer, no sé qué hacer, pensó ella con extravío, que se vaya, porque me vuelve loca.

Se pasó una mano por los ojos, como para arrancarse una venda.

La pequeña calesa del general se mostró al final del paseo; dijérase que se obstinaba en pasear por los alrededores. ¿Buscaba aca-

so Neoutof á su mujer para ahorrarla el trabajo de volver á pie?

—¡Cleopatra! dijo Ulrico por lo bajo.

—¿Qué quiere usted?

—Déme que bese su mano por última vez, para que me acuerde en la hora de mi muerte.....

—Si me toca estoy perdida, pensó la desgraciada mujer, toda mi voluntad va á desfallecer entre sus dedos.

—¿Rahusa usted? ¡Ah! jamás me ha amado. Lo creí sin embargo; usted tambien lo ha creído, puesto que me lo ha dicho..... Era un sueño..... ¡No volveré á verla más!

No lloraba, pero su voz grave sonaba en frases cortas, y sus ojos, siempre tan hermosos, tan llenos de vida y de ternura, parecían velados por un crespon de duelo, como las antorchas que se llevan en los funerales.

—Aquí nó, dijo Cleopatra, aquí no puedo hablarle; tengo miedo de todo.

Ulrico sacudió la cabeza.

—Es menester que concluyamos, decia él, si ha de ser que no, que sea hoy.... ¿No quiere usted hacer lo que le he dicho?

—No puedo hacerlo, respondió Cleopatra.

—Entonces, adios.... Es la tercera vez

que se lo digo.... ¡Qué débil es uno cuando ama! Usted tendrá valor porque no ama.

¡Cuán desgraciado era! Cada vez que repetía esta frase, perdía todo el terreno ganado antes. Cleopatra, herida en el corazón tenía el alma sobrado altiva para defenderse

—Venga usted á verme á mi casa; quiero que venga, dijo ella.

—¿Cuándo?

—Cuando guste.

—Es una orden, obedeceré. Iré á verla antes de partir.

Ella se quedó impasible. Que partiese puesto que no había podido conocerla. ¡Ah! ¡qué cruel era el amor!

Se saludaron y Ulrico se alejó por una calle lateral.

Cleopatra miró un instante el estanque. ¿El fin de todas sus penas no estaba allí? Es posible morir, cuando se está saturado de sufrimientos; es éste un desenlace como otro cualquiera.

Tomó con paso lento el camino del embarcadero; allí rodeado de una multitud de amigos y de conocidos, con la mirada viva, el aspecto alegre, Neoutof, sentado en su pequeña calesa, escuchaba las noticias del día.

Al ver que se acercaba su mujer, lanzó una exclamacion regocijada.

—¡Hola! ¡aquí la condesa! dijo con su voz gutural. ¿A cuál de sus galanes acaba de desesperar? ¡Estás hermosa en extremo!

Gustaba tratarla así en público; la noble galantería tomaba este aire de franqueza al pasar por los labios de aquel marido, tan poco semejantes á los demás.

Cleopatra se sonrió débilmente!

—Los galanes se han retirado á estas horas, dijo, porque ya el viento se ha levantado; debía usted hacer lo mismo. ¿Quiere usted ofrecerme un sitio á su lado?

—Con mucho gusto. A decir verdad la esperaba casi.

Se sentó; los caballos se movieron y partieron al trote corto. Los espectadores, encantados, los vieron desaparecer; aquel coloquio los habia divertido como escena de comedia perfectamente representada, y les dejó sobre los labios la sonrisa que acompaña en el teatro á las emociones dulces.

—Son en verdad admirables, dijo alguien en el grupo. Neoutof ha encontrado una perla.

—¡Bah! repuso un descontentadizo, todo

eso no es mas que apariencia. El fondo seria lo que habria que ver.

Con esta reflexion se separaron y en veinte casas de la ciudad se contó aquella noche que Neontof era en verdad muy dichoso por haberse casado con aquella admirable señorita.

XX

Cleopatra comenzó por estar muy contenta de sí misma. No podia tomar en serio la desesperacion de Ulrico; todos los enamorados hablan de irse, pero se van muy pocos. El habia merecido que ella hubiera estado severa; arrogábase, en verdad, tales derechos sobre ella, que Cleopatra habia cumplido con su deber al recobrar su libertad. ¿Por qué no tenia paciencia? Ella la tenia. Y sin embargo, bien sabia Dios se le amaba, ella que

parecia ser tan indiferente. El solo pensamiento de que la tocara con su mano hacia correr un estremecimiento por todo su ser. Había él estado absurdo; ella habia obrado perfectamente.

Esta calma ficticia, compuesta de orgullo y amargura, se alteró al cabo de veinticuatro horas y comenzó el sufrimiento, intolerable, inaudito. Tenia necesidad de verle para cerciorarse que él no sufría mucho; Cleopatra tenia sed de mirar sus ojos para ver si las lágrimas no los habian abrasado. Veinte veces en una hora creyó ser llamada por el desesperado Ulrico; si se hubiera atrevido le hubiera escrito, pero habia allí un límite infranqueable para su dignidad.

Hasta entonces ella no le habia dado citas secretas; se habian visto al rasó, á la faz del mundo; un billete seria el reanudamiento de la intriga, el primer paso dado para bajar hácia el abismo, y Cleopatra no queria caer.

Sufría, pues, reconcentrada en sí misma, sin remedio, sin esperanza; nada tenia en el mundo que le perteneciera particularmente más que su amor, y este amor habia sido lastimado por ella misma; como pájaro he-

rido por una flecha, su amor yacia sangriento á sus piés, con el ala rota; quizás se moria y no osaba tocarlo para derramar algun bálsamo en la herida.

El tercer dia, al despertar despues de un sueño de agonía y de pesadilla, creyó un instante que se iba á acabar el mundo, y que el sol no saldria aquel dia. Sus ojos estaban de tal modo cansados con las lágrimas de la víspera, que no podia abrirlos; despues de un primer momento de terror, creyó que se iba á quedar ciega; pero al tocar el timbre y el venir su doncella, que abrió la ventana, la vida penetró con la luz.

Cleopatra suspiró. ¿Qué traeria aquel dia? Un sufrimiento seguramente.

¡Por qué no habria seguido su propósito antiguo: vivir sin amor! Ya era muy tarde para las lamentaciones. Muy tarde tambien para llamar á Ulrico: él no queria verla, sin duda. . . . le guardaba rencor.

Por primera vez la duda penetró en el alma de la jóven y su espíritu recto recibió el primer choque que debia falsearlo. Se preguntó si realmente no exajeraba sus deberes, si debia seguir siendo mujer de Neoutof, si obraria equitativamente sacrificando la dia-

cha de Ulrico y la suya á los últimos años de un viejo.

Pero fué no más que un relámpago; la justicia y la bondad predominaron en seguida en su espíritu; el rayo sin embargo, habia abrasado el corazon del árbol. La corteza subsistia, la médula habia perecido. Ya Cleopatra no fué la misma.

La lluvia caia; una fina lluvia, tenaz, que parecia haber nacido con el mundo, y que iba á durar tanto como él. Cleopatra lanzó una mirada de resignacion sobre el jardin chorreando goticas, y fué al cuarto de su marido para leerle los periódicos de la mañana.

En seguida vino el almuerzo, que la jóven prolongó tanto como le fué posible. Tenia miedo de encontrarse sola y de verse obligada á pensar. Estaba cansada de pensar, como se cansa uno de caminar; no le dolia la cabeza, pero experimentaba en ella una fatiga indecible.

Entretanto el general trató de dormirse, y su mujer debió retirarse.

La soledad le causaba horror. Pensó en pedir su *coupé* para hacer varias visitas; pero cierta compasion hacía sus criados y caballos

le impidió exponerlos bajo el azote de aquel tiempo horrible.

En el momento en que tomaba un libro, segura por lo demás de no comprender nada de él, oyó las ruedas de un carruaje crujir sobre la arena mojada. ¿Quién podia afrontar aquel diluvio sino Ulrico?

La dama permaneció en pié, estremecida. Era sin embargo el general Tredine quien entró, pomposo y acompasado en la apariencia; en el fondo, la más mala lengua de la corte, desde que Kamoutzine habitaba la region de las almas.

—¿No me esperaba usted? dijo al entrar. He venido á cortar un vestido a alguno con usted. No hay nadie con quien hablar, palabra de honor. ¿Pues no se han enamorado todas las damitas de la ciudad? Vara Lepkine está enamorada de su primo, Sofía Lavrof del alférez Somof, y Natalia de su marido. Sí, de su marido. No se puede hablar con ellas; ó no escuchan ó hablan del objeto amado. No hay más que usted condesa, usted sola en el mundo, que esté por cima de las debilidades de la carne, así como de las del espíritu.

Cleopatra bosquejó una sonrisa. A menudo este charlatan la distraía otras veces; ahora le parecía fastidioso y hasta grosero, bajo su disfraz de hombre bien educado. Pero tan enojoso camarada valía más aún que la soledad; así es que se dignó alentarle con algunas palabras. ¡Con tal que á Ulrico no le diese la idea de venir creyéndola sola!

Tredine continuó su chismografía; era una colección de anécdotas, sabía todo lo que concernía á su estado de cortesano, hasta el arte de agradar á los más desocupados. Era capaz de hablar durante varias horas sin repetir la misma conversacion, lo que no es una pequeña ventaja, y que además, es prueba de una excelente memoria.

Así trascurrió hora y media, Cleopatra, distraída primero, terminó por interesarse en lo que decía su visitante, adormeciase en una especie de malestar, del mismo modo que los heridos en su lecho de dolor, concluyen por encontrar una especie de apaciguamiento, que no deja de ser un sufrimiento.

Tredine se levantó para despedirse, y según su deplorable costumbre, única falta de conveniencia que se le podía reprochar, se

quedó en pié buscando en su memoria la historieta que pudiera haber olvidado.

—¡Ah! dijo con el gesto de un hombre que se acuerda, ¡otra noticia!

—¡Otra más! dijo la condesa con complacencia.

—El jóven Alsen, ya sabe, ese sueco que jamás dice nada. ¿Usted lo habia domesticado segun parece?

—Ya sé, ya sé. ¿Y bien? dijo Cleopatra que se sentia desfallecer de impaciencia.

—Pues bien, se va.

—¿Qué se va? repitió la desgraciada mujer reteniéndose en el respaldo del sillón.

—Sí, el clima no le sienta, segun se dice. Ha solicitado que le llamen. Ahora ya no sé más nada. Hasta más ver, condesa.

Y se fué balanceando su pesada persona con aire conquistador. Cleopatra llamó.

—Ese señor Alsen ¿es que está malo?
¿Dice usted que el clima no le conviene?

—Yo nada sé de cierto. Le encontré esta mañana y tiene cara de desenterrado, venia de San Petersburgo, habia ido á su legacion para llenar las formalidades. ¿Le interesa saberlo, condesa?

—Pues sí. Su tío me lo había recomendado.

— ¡ Ah! es verdad. Lo había olvidado. Estos suecos tienen siempre mucho de fantasmagórico en la cabeza. Hasta la vista.

Partió dejando á Cleopatra herida en el corazón.

¡ Era, pues, verdad! Quería irse. Con él huía la vida. Estaba segura de morir apenas él se fuera, y moriría sencillamente, porque él era el sol de su existencia y no podía vivir lejos de su luz.

Se irguió de pronto, hizo un gran esfuerzo y se dirigió hácia su escritorio.

Escogió una hoja de papel con cifras y con su hermosa y grande letra de patricia, escribió:

"No se vaya usted: haré lo que me ha pedido."

El billete cerrado fué entregado á un maldonado para que lo llevase inmediatamente á casa de A'sen reclamando una respuesta, y Cleopatra se miró en el interior de su alma.

Estaba vencida por completo esta vez y no trataba ya de rebelarse.

Hubiera podido vivir luchando con él; re-

vertas crueles la hubieran debilitado ménos, con condicion de que fueran seguidas de reconciliaciones. Pero la ausencia, el destierro, porque él la desterraba de su vida, era más de lo que ella podía soportar.

Cleopatra se había dicho en otro tiempo que preferiría morir ántes que afligir á Neoutof; ahora pensaba que preferiría ántes matar á Neoutof y morir que afligir á Ulrico.

Se quedó inmóvil, sumida en el horror de sí misma y de todo lo que no se refería al hombre que amaba.

La lluvia seguía cayendo.

Sonó un ruido de ruedas, sin que Cleopatra lo notase, pero un paso bien conocido la hizo levantar la cabeza. A su vista, en la puerta del salón estaba Ulrico, desconocido, estrezado por tres días de dolor, tanto como si hubiera estado enfermo un mes.

La jóven lanzó un grito endeble, arrancado del fondo de su pecho, y cayó en los brazos que él le abría. Allí la detuvo, y lentamente, sin que ella se defendiese, le besó los labios cerrados, las mejillas pálidas, después los labios entreabiertos.

Ya no resistió. Un entusiasmo la sacudía de vez en cuando, pero se quedaba abatida

U. A. N. N. I.

sobre su hombro, desfalleciente, casi desmayada.... El creyó que se le moría en los brazos.

—Querida mía, despierta, le dijo estrechándola con fuerza.

Ella abrió los ojos, y entonces él la depositó en un sillón.

—Te quedas, murmuró la jóven pegándose á él.

—Puesto que lo quieres. ¿Y tú?

—Haré lo que tú quieras. Iré á hablar á mi marido inmediatamente.

E hizo un movimiento para levantarse; pero estaba muy débil.

—Espera, le dijo él, háblame, mírame. ¡Ah! si supieras cuán desgraciado he sido. ¿Te han dicho que queria irme?

—Sí, hace poco. No te vayas.... No puedo soportar esta idea.

—Partiremos juntos, murmuró él muy bajo.

—¡Oh, sí!

Y se quedó inmóvil, mirándole como en éxtasis.

—Ahora, prosiguió dulcemente, es menester que yo hable.... Me habia jurado ser una mujer honrada y fiel á mi marido. Des-

de que me has besado, hace un instante, ya no soy honrada ni fiel.

Álsen se inclinaba para besar su hermoso rostro, iluminado por una alegría ardiente y dolorosa; la jóven hizo un ademán para rechazarlo:

—No, no.... ni aquí, ni hoy; espera que haya hablado..... No te comprendia cuando me decias que sólo con desear el adulterio, ya estaba consumado en el corazon; pero ahora te comprendo..... No aumentes el peso de mi pecado..... Hablaré al momento, cuando te hayas ido.

Ella lo miraba con singular insistencia, como si le impusiera una pregunta muda; de pronto:

—Vete, le dijo, soy fuerte, tengo valor; iré....

Se habia levantado, y continuaba mirándole.

—¡Si tú supieras, continuó la jóven, qué deseo tengo de besarte el rostro, y de beber tu vida en tus ojos?.... Pero nó..... aquí nó. Aquí es horrible, es cobarde, vergonzoso. Vámonos, ya te escribiré.

—¿Cuándo volveré á verte?

—Cuando sea libre.... Vete, amor mio,

Ella cejó lentamente hácia la puerta de su habitacion, porque él permanecía inmóvil, y se detuvo á la entrada, entre las cortinas.

—Hasta la vista! le dijo en voz que apenas él oyó.

Y desapareció como una sombra.

Sola en su habitacion, Cleopatra se arrojó delante de las santas imágenes. Quería orar y no sabia qué pedir; todo deseo formulado por ella ¿no era culpable en este momento?

—Dadme fuerza, Señor, dijo al fin; fuerza y valor..... Creia tenerlos hace un instante, pero bien veo que no.... ¡Oh, Dios! ayúdame.

Pero no se sintió con el dulce ardor que acompaña á la plegaria en el corazón de los fieles.

—¿Iré sola entónces? dijo entre sí, ¿solo sin apoyo, sin amigos, sin Dios?..... Pues bien, sí, sola contra todo el mundo.... por el amor que le tengo á Ulrico.

XXI

Cleopatra entró en el cuarto de su marido con una impresion parecida á la de los cristianos que entraban en el circo; solo que ella tenia menos miedo por sí que por aquel á quien iba á atacar.

Neoutof, medio acostado en su sillón, miraba al techo; veía quizás pasar entre aquel fondo gris y él los hermosos años de su juventud, en que habia sido amado por las mujeres y adorado por sus soldados; gabinetes

ó campos de batalla tenían para él recuerdos llenos de encantos, porque su vida había sido grande y bien ocupada. ¿Y no era una suerte especial que en el momento en que los años le parecían pesados, hubiera venido á San Petersburgo, y encontrado á aquella deliciosa criatura que llevaba su nombre?

Era mejor que una hija, porque tenía además del sacrificio el encanto de la mujer bella y coqueta, que se preocupa en agradar hasta un viejo clavado sobre su lecho de dolor....

A este concierto de flautas, que cantaban la gloria de Cleopatra en el alma del general, se mezclaba sordamente una nota fúnebre, pronto apagada por las canciones alegres de las otras voces. Ciertamente había cambiado desde hacia algún tiempo.... tres ó cuatro meses ha.... Ya no poseía aquella presencia de espíritu maravillosa, aquel ingenio delicado, que hacían de ella una encantadora hablista.... Pero el cielo más hermoso, ¿no tienen nubes que oscurecen pasajeramente el esplendor del día?

Neoutof llegaba á este punto de sus meditaciones, cuando Cleopatra se presentó delante de él. Solo con ver el rostro descom-

puesto, los ojos trágicos, comprendió el general que la nota fúnebre era la sola verdadera. Se incorporó en su asiento, y con las dos manos apoyadas sobre los brazos de su sillón, se inclinó hácia adelante, para ver las facciones de su mujer; pero no le hizo ninguna pregunta. Era ella quien debía hablar.

—Amigo mío, le dijo Cleopatra en voz apagada, tengo que decirle algo desagradable.

—Ya lo veo, gruñó el general sin dejar de mirarla.

—Hasta aquí he hecho lo posible por hacerle dichoso.... ¿Lo he conseguido?

—Lo has conseguido, hija mía, admirablemente, dijo entre dientes Neoutof.

—Ese recuerdo de los goces que le haya hecho disfrutar en su vida, es el que invoco hoy, para que me conquiste su indulgencia....

—No querrás, no querrás....

No podía llegar á expresar su pensamiento, tan enorme le parecía.

—Cleopatra, siempre en pié, como delante de un juez, se apoyó con una mano sobre la mesa para sostenerse.

—Siéntate, dijo Neoutof, levantándose

para acercarla un asiento. Te pido mil perdones por no haberme acordado ántes.

La jóven se sentó, abatida. De pronto cobró ánimo y habló claramente.

— Cuando yo me casé con usted, señor, digo, no me creía hecha para otra cosa que para ser la compañera leal de su vejez. Mi corazón no se ocupaba en lo que de ordinario preocupa á las mujeres..... En una palabra, entré en su casa como en un claustro, salvo que usted me dió todos los goces de la fortuna y de un gran nombre. Se lo juro, señor, yo no quería ser otra cosa que su amiga, é hice el juramento sobre los evangelios.

Un sollozo habia subido á su garganta al recordar algun tiempo feliz; lo ahogó y pronunció con firmeza:

— Despues, reciénmente, un cambio se ha verificado en mí. Me habia engañado al creerme diferente de los demás. Me he encontrado con alguien que ha decidido de mi vida... y mi corazón ha hablado.

— ¡Una antigua llama! dijo Neoutof fijando sobre ella sus ojos terribles.

La sombra de Boris acababa de pasar una vez más entre él y su reposo.

— No, no le conoce usted, se apresuró á añadir Cleopatra.

— ¿Y usted le ama?

— Le amo.

Siguióse un silencio. Neoutof respiraba difícilmente, la condesa tenia miedo que perdiese el conocimiento, pero aquel viejo cuerpo era tan rudo para los sufrimientos del alma como para las torturas de la gota.

— ¿Y por qué me lo dice usted? repuso el general al cabo de un momento, y rehusando ya tutearla. ¿No podia hábermelo dejado ignorar? Hubiera sido á lo ménos más caritativo.

La jóven sacudió la cabeza con todo su antiguo orgullo.

— No, hubiera sido culpable. Vengo á su presencia porque soy inocente y no quiero deshonar sus cabellos blancos.

El la atrajo tan violentamente á sí, que ella cayó casi de rodillas; élla besó en la frente con transporte y tendiéndola la mano para que se levantara la dijo:

— Perdóneme, condesa, un movimiento que no he podido contener. Me ha conmovido....

sí..... ha llegado hasta este viejo con-
zon....

—Amigo mio, mi bienhechor, dijo ella
llorando amargamente.

El general se secó rápidamente los ojos.

—Nada de enternecimientos inútiles, dijo
en voz fuerte. Es evidente que quiere que
la situación sea clara entre nosotros dos;
cruel para mí, aunque honroso para ambos;
ha hecho usted bien.

Cleopatra volvió á su asiento; una espe-
ranza casi agradable la hacia latir el corazón.
pareciale que la cosa no era difícil. Había
creído que obtendría con más trabajo su li-
bertad.

Permanecieron silenciosos durante algunos
instantes, el alma tan llena de pensamientos
que no podían hablar. Al cabo, Neoutof pro-
siguió:

—¿Cuales son sus intenciones ahora? Su
vida ha cambiado..... ¿Qué quiere usted
hacer?

No; no era tan fácil como ella creía ha-
berlo. Poco pronunció la palabra divorcio. Si
idea le hubiese venido al general, hubiese
sido otra cosa....

Viéndola vacilar, añadió con alguna amar-
gura:

—Yo no soy un obstáculo muy sério; mis
días están contados; mi muerte le devolveré
pronto la libertad..... ¿Le basta esto?

Ella se callaba.

—¿Qué quiere, pues? Hable, señora; en
verdad me da miedo con su silencio, dijo
golpeando sobre la mesa con su mano en otro
tiempo poderosa, ahora débil y descarnada.

—He venido para pedirle que me autorice
á reclamar el divorcio, dijo Cleopatra tan
pálida como las perlas de su collar.

—¡El divorcio!

Neoutof se levantó tembloroso.

—¡El divorcio! exclamó en voz de trueno.
¡El divorcio contra mí! ¡El escándalo públi-
co! ¡la vergüenza solemne! Señora, habeis
perdido la razón.

Cleopatra se habia levantado y ambos se
miraban á la cara.

—¡El divorcio! ¿Y quien la pedía que me
hiciera confidencias? ¿No era libre para obrar
á su antojo? ¿Soy un marido embarazoso?
¿Para hacerme ridículo tenía necesidad de
mi autorizacion? ¿Por qué no hacia usted
como las demás? A lo menos, cogiéndoos in-

fraganti, tendría el derecho de matar á usted y á su amante y nadie me encontraría ridículo.

Sus cabellos blancos erizados sobre su frente, le ponían una aureola terrible; no había estado jamás tan terrorífico á la cabeza de sus escuadrones.

—Mi conciencia, dijo débilmente Cleopatra; mi dicha.... la suya.....

Y le miraba, no para suplicarle, sino para reprocharle que la comparara con las otras mujeres, cuando un malestar extraño se apoderó de ella; el ruido de un surtidor llenó sus oídos; su corazón le dió un vuelco de repente, opreso por una angustia muy dulce y mortal; hizo un ademán con la mano para expulsar el sufrimiento, y resbaló insensiblemente sobre el suelo.

El general llamó furiosamente con la campana de plata que le servía de timbre. Acudió un criado.

—Llame usted á alguien, dijo Neoutof, que se lleven la condesa á su lecho, que la desnuden y que vayan á traer un médico. Se me llamará cuando esté acostada.

Sus órdenes fueron ejecutadas; un cuarto de hora despues entró por primera vez el ge-

neral, tan tímido como un adolescente, en la alcoba de su mujer.

La dama acababa de recobrar sus sentidos, Blanca como su almohada; sobre la cual sus magníficos cabellos esparcidos le formaban un nimbo, no tenía otra cosa oscura en su rostro más que sus ojos, de un azul intenso, que interrogaban ansiosamente la puerta.

El general se acercó apoyado en su bastón. El también estaba muy pálido, y sus labios temblaban mientras probaba á hacer firme su voz cascada.

—Ha sufrido usted un desmayo, querida condesa, le dijo, el médico va á venir en seguida; no será nada, esté tranquila.... ¿Me permite esperar al doctor á su lado?

Ella hizo una débil señal de asentimiento, y él se sentó cerca del lecho en un sillón grande.

La habitación era muy sencilla á pesar del lujo de los muebles principales; el lecho, estrecho y blanco como un lecho de doncella, parecía abrigar solo sueños pacíficos.... Sí, era la habitación de una mujer honrada, donde la mentira y el fraude no podían hallar asilo.....

El doctor vino casi al momento; ordenó que durmiera y mandó calmantes y ausencia de emociones.

—Un predominio marcado del sistema nervioso, dijo; no veo nada peligroso por el momento, veinticuatro horas de reposo y no aparecerá más el accidente, pero necesita la condesa una vida ordenada y excenta de todo lo que pueda excitarla.

—¡Diantre! gruñó Neoutof al acompañar al médico hasta la puerta; debería usted vender la calma en las farmacias. . . . Porque vaya usted á ordenar el reposo á una mujer que hace ó recibe quince visitas diarias.

—La vida mundana y mis recetas son, en efecto, contradictorias, dijo el médico sonriéndose.

Neoutof volvió al lado del lecho de su mujer. La cabeza vuelta hácia la pared, Cleopatra parecía dormir; las doncellas arreglaban sus vestidos en la habitacion inmediata, cuya puerta estaba abierta. Nadie podía verlo. Se inclinó sobre la enferma y besó con cierta torpeza servil su frente blanca, sumida en la sombra de los cabellos.

Cleopatra abrió los ojos.

—¿Me perdonas? le dijo en voz baja.

No hablemos ahora de eso, respondió él con brusquedad. Más tarde.

Y se retiró, esforzándose por amortiguar sobre el suelo los golpes repetidos de su baston.